

ESTUDIOS y NOTAS

LA COLABORACION CON EL ADVERSARIO

Durante la última guerra han creído los franceses haber hecho, en cierta medida, un descubrimiento: que los acuerdos de Munich —según «el espíritu muniqués»— y la «colaboración» del Gobierno de Vichy con los nazis eran algo nuevo que planteaban por vez primera un problema jamás abordado en la Historia. Mas estos sucesos no son, por el contrario, sino un caso más, entre otros, de un tipo de situación característico. Incluso se puede decir que en su aspecto dramático la historia política está entretejida de análogas situaciones. Estas analogías no valen, entiéndase bien, más que en sus principios generales, pues, de hecho, las circunstancias pueden variar ampliamente.

UN ASUNTO CLÁSICO DE LA TRAGEDIA

La colaboración con el adversario es un asunto clásico del teatro dramático. Se le encuentra, en su forma política, en tres obras de Racine. Cuando menos en *Alexandre* el conflicto se desenvuelve entre colaboracionistas y resistentes. Porus, «resistente», quiere luchar contra el vencedor Alejandro, mientras que Taxilo conviene en someterse.

En los cinco actos de la tragedia hallamos poco más o menos todos los argumentos que han sido emitidos por los dos partidos durante la última guerra. El mismo asunto, un poco cambiado, lo encontramos en *Mithridate*: uno de sus hijos es «resistente» (Xipharés); el otro, «colaborador» (Pharnace) desea llegar a una

componenda con los romanos. Igualmente se hallan en esta obra los argumentos eternos de ambos partidos. Así dice Xipharés :

«Et si ce grand desseins surpasse ma valeur,
Du moins ce désespoir convient à mon malheur»
(Si este gran ideal va más allá de mis fuerzas,
al menos esta desesperación no desdice de mi desgracia)

Mientras que Pharnace expone la tesis colaboracionista :

«Jetons-nous dans les bras qu'on nous tend avec joie,
Rome, en votre faveur, facile à s'apaiser...»
(Echémonos en los brazos que se nos tienden gozosos.
Roma, aceptemos tu favor, ya que eres fácil de apaciguarte...)

El asunto de *Iphigenie* comporta el tema de la colaboración con el adversario, quien esta vez ya no es un pueblo enemigo, sino la divinidad misma; Clytemnestre es resistente en el grupo familiar, mientras que Agamenon se plega ante la necesidad del Estado.

Abandonemos el plan político, pero no sin que el conflicto que nos ocupa dejemos de encontrarlo, poco más o menos, en todas las tragedias. Rodrigo, luego Gimena, se encuentran ante una cruel alternativa: entre el amor, que en sus circunstancias es una especie de colaboración con el enemigo, y el honor familiar.

Pero volvamos a la colaboración deseada o practicada en Francia desde 1940 a 1944, es decir, a la cuestión del entendimiento con el enemigo político. Vamos a exponer los argumentos empleados por las dos partes, haciendo ver que *en reliadad son de todos los tiempos*.

LOS ARGUMENTOS DE LOS COLABORACIONISTAS

He aquí, a lo menos, los principales:

- a) *Cuestiones de hecho*: «Somos débiles, debido a la fortaleza del enemigo, no tenemos oportunidad alguna de vencer.»
- b) *Argumento fatalista* para calmar la conciencia: El destino está contra nosotros, por tanto debemos pactar.
- c) *Amenazas de desastres*: «Tan fuerte es el enemigo que puede aplastarnos, más vale que nos entendamos con él». Se trata de una especie de auto-chantaje, o mejor de un chantaje que se

hace a los compatriotas en nombre del enemigo, algunas veces aunque el enemigo no lo haya formulado él mismo. Se ha dicho, por ejemplo: «si continuamos resistiendo exasperaremos al enemigo y les forzaremos a que llegue al extremo».

d) *Argumento de "lo primero es vivir"*, muy parecido al anterior. Durante el éxodo de la derrota, gritó un soldado: «Prefiero ser un c... de 1940 que un cadáver de 1914».

Este argumento se refiere a la cobardía más que a la traición, pero permite que se asimile, para defenderlo, a la tesis de la ductilidad: «plegarse no es romperse».

e) *Clemencia del enemigo*: «Si cesamos de resistir obtendremos del enemigo condiciones favorables. ¿Qué interés tendría en exterminarnos si tenemos intereses comunes?»

f) *Los amigos nos abandonan*: Este argumento, muy frecuente, permite a quien capitula salvaguardar su posición personal: «Yo estaría, por mi parte, de acuerdo en resistir, y estoy dispuesto a hacerlo, pero los demás no me seguirían. La mayoría, desgraciadamente, no es de la misma opinión que nosotros los «resistentes»; por eso estamos obligados a ceder a pesar nuestro.» Argumento muy hábil que permite defender la tesis con fuerza, dejando a salvo el amor propio y la reputación.

LOS ARGUMENTOS DE LA RESISTENCIA

a) *Cuestión de hecho*: «No estamos vencidos, aún nos quedan fuerzas, tenemos recursos con los que podemos contar. Los partidarios de luchar empiezan a darse cuenta de cuál es la situación, que ahora ven, naturalmente, de otra manera.»

b) *En todas partes cuecen habas*, es el argumento clásico de los militares, enseñado en las escuelas de los Estados Mayores: En un combate duro, toda tropa en situación penosa siente la tentación de rendirse o retirarse; ahora bien, el combatiente no debe olvidar nunca en tales circunstancias que también el adversario pasa dificultades, a veces insospechadas, y que teniendo en cuenta estas dificultades hay que aguantar hasta última hora, hasta el cuarto de hora de Nogi. La victoria sonríe a menudo a quien aguanta cinco minutos más que el contrario.

c) *Argumento de la desesperación sublime*: «Nosotros, patriotas derrotados, sin duda, no debemos desesparar nunca, siem-

pre puede ocurrir un milagro», y en apoyo de esta tesis se citan diversos ejemplos históricos: las resistencias gloriosas e inesperadas; incluso se evoca la historia de la mosca que, encontrándose una tarde presa en un cántaro lleno de leche, se puso a agitarse moviendo las patas para nadar desesperadamente, y que de la noche a la mañana se encontró a salvo... sobre un trozo de mantequilla.

d) *La satisfacción moral*: puede ponerse en relación con la esperanza desesperada una consideración puramente moral de la actitud personal: En *Veinte años después*, de Alejandro Dumas, los mosqueteros y criados se hallan en la mar sobre un ligero esquife, sin posible salvación. El viento está encalmado, el barquichuelo se desliza y ningún barco surca el horizonte; el criado Grimaud rema, no obstante, a conciencia y, cuando le preguntan por qué, responde: «Para entrar en calor». El resistente tiene argumentos de esta clase: «luchó, aunque sólo fuera por mi satisfacción personal, aunque este esfuerzo sea realmente inútil». A un tal espíritu puede referirse el pensamiento de Chamfort, repetido en Londres por De Gaulle: «Los razonables han subsistido, las apasionadas han vivido».

e) *La muerte es preferible al deshonor*. Al argumento de «lo primero es vivir», se opone al «mejor es morir»; es el comienzo de la respuesta famosa del viejo Horacio: «Qu'il mourû...» (antes moriría...).

f) *El enemigo no dará cuartel*; oposición directa a las esperanzas del colaboracionista, se trata de venir a la mano al chantaje «ceder de nada serviría», dice el resistente.

De un modo general, el resistente *razona menos e invoca más al sentimiento que el colaboracionista*; más realista, éste apela a argumentos de prudencia, de razón; el resistente, al tener tales argumentos por despreciables y vergonzosos, se obliga también por su parte a dar alguna cuenta de hecho y de la razón con que apoyar su tesis idealista y generosa.

LAS RESERVAS MENTALES

Junto a los argumentos explícitos, hay que citar las reservas mentales o argumentos no confesados, que inspiran una y otra actitud. El colaboracionista puede simplemente tener miedo a la

lucha. Le mueve la cobardía, pero no lo confiesa. Otra reserva mental mucho menos honorable es la siguiente: «El enemigo me utilizará. Tengo razones para pensar que, dada mi posición o la posición que tomaré, o dada la importancia de mi función, el enemigo me respetará.» Indudablemente, las categorías sociales, políticas o profesionales están expuestas desigualmente a sufrir represalias e incluso las consecuencias lógicas de una derrota militar, y estas diferencias de situación explican, en efecto, las diferentes actitudes.

Mas he aquí un pensamiento mucho más grave: «El régimen político interior del enemigo, me conviene. Seré, por tanto, feliz si se introduce entre nosotros». Estamos ante la verdadera traición.

Tampoco los resistentes carecen de reservas mentales. Experimentan también sentimientos que no confiesan. No exteriorizan todos sus móviles. Por ejemplo: «Personalmente estoy comprometido vis a vis del adversario. Perdonará a los demás, pero a mí no me perdonará.» Este argumento, en sí, no es totalmente condenable, pero atenúa la nobleza de la actitud del resistente, quien, de hecho, no tiene más recurso que la resistencia. Fué, por ejemplo, el caso de los judíos en Francia durante la guerra, quienes tenían casi la seguridad de ser aniquilados por los alemanes, y no podían, por tanto, escoger otra solución que la resistencia. Ciertamente que su actitud fué con frecuencia heroica, pero no tenían como los demás el mérito de haber ganado un combate interior.

A veces la actitud de resistencia se encuentra un poco impulsada por el mismo temperamento. Quien resiste porque siempre tiene gusto por la lucha e incluso por la rebeldía, evidentemente que tiene menos mérito que el débil, que por un esfuerzo de la voluntad, por coraje, domina su debilidad y decide resistir, en cierto modo, contra sí mismo, contra sus propias inclinaciones.

Tampoco hay que olvidar los hábitos y el ambiente. Hay quien puede escoger la resistencia simplemente por dejarse llevar, e incluso por debilidad, como el personaje de Tristán Bernard que confesaba: «No me he atrevido a tener miedo.»

EN PRINCIPIO NO HAY RESPUESTA JUSTA

Ciertamente que no se puede proponer *a priori* una solución general. Ha habido en la Historia armisticios felices y capitulaciones indignas. Ambas actitudes pueden encontrar una comparación lingüística. El francés *apaisement* (pacificación en el sentido de producir paz) y el inglés *appeasement* (apaciamiento, en el sentido de evitar la irritación, de decir «ya está bien») tienen la misma etimología y traslucen la misma idea, pero con un matiz importante. Pacificación quiere decir una feliz conciliación o reconciliación y subraya la ventaja de esta actitud. *Appeasement*, por el contrario, es peyorativo y expresa una idea de deshonor.

PRECEDENTES HISTÓRICOS

La Historia, como hemos visto, está llena de conflictos entre la resistencia y la conciliación. Bizancio hizo «muniquismo» antes de que existiera Munich, tratando durante muchos siglos con el enemigo, en vez de batirse con él. El juicio que dicta la Historia es a menudo realista: se aprueba la actitud que más tarde se ve que ha tenido éxito. Carlos V de Francia fué un débil, un temporizador. Huyó a Poitiers frente a los ingleses, pero el realista dirá que su conducta fué mejor para Francia que la de Juan el Bueno, resistente y fanfarrón, que finalmente cayó prisionero de los ingleses, suceso que al país le costó muy caro. Si la Historia rinde homenaje a Carlos V es porque las consecuencias fueron más felices. Mas, en otras circunstancias, Carlos V se hubiera ganado la reputación de cobarde y, del mismo modo, si Juan el Bueno hubiera derrotado al Príncipe Negro en Poitiers, su actitud no hubiera encontrado más que aprobación. Veamos igualmente el caso de Luis XI el Desconfiado, cuya vida fué una trama de compromisos y acciones poco recomendables desde el punto de vista moral. Si recibe hoy una casi absolución se debe a que, en definitiva, trabajó por la unidad de Francia. Humilló a los grandes vasallos, etcétera, aportando su piedra al gran edificio final. Al juzgar retrospectivamente, tendemos a pensar que, durante diez siglos, su problema fué el problema de la unidad francesa. Así los hombres

son juzgados en vista de la parte que han tomado en esta obra común.

Sin embargo, el juicio retrospectivo de los hombres no tiene siempre un carácter realista. Cuando después de algunos siglos de intervalo el resultado aparece independiente de nuestra situación contemporánea, nuestro juicio es más afectivo y, visto con este lente del sentimiento, siempre el resistente aparece en el papel más simpático: los defensores de Numancia fueron exaltados, incluso en el teatro; Antígona, en su obstinación, es más simpática que Creón, quien no deja de invocar la razón de Estado. Con el despliegue de sus responsabilidades aburre al espectador, para quien es más de apreciar la noble actitud de Antígona. El resistente lleno de coraje nos fuerza a admirarle, aunque fracase, le admiramos por sus virtudes morales y su pureza.

El colaborador o el conciliador es siempre sospechoso de oportunismo o de estar movido por intereses personales, a veces muy viles. Todavía en el siglo XX tienen los franceses a Vercingetorix como una especie de héroe nacional, aunque ya no son galos ni se tienen por tales, sino por miembros de una colectividad, constituida precisamente por la derrota de Vercingetorix. Pero éste conserva la aureola del combatiente puro, que ha defendido su patria y su cultura.

Téngase en cuenta, no obstante, que, en otros casos, la cuestión se presta más a la controversia: tenemos, por ejemplo, el caso de los escoceses y los galeses de raza céltica. Eran enemigos feroces de los ingleses, raza extranjera, germánica, que ya había exterminado o arrojado fuera de su patria a sus hermanos los bretones, que no tenían ni su misma lengua ni sus mismas costumbres y trataban de imponer las suyas al mismo tiempo que su dominio. En una palabra, eran verdaderamente enemigos, en el sentido más total de la palabra. Sin embargo, tras diversas peripecias, galeses y escoceses han terminado por someterse y entrar en la Comunidad británica. Los irlandeses, por el contrario, no han llegado a este punto y han retrocedido ante la asimilación, tal vez por causa de la diferente religión o tal vez simplemente porque les ha faltado tiempo. La conciencia aguda de los nacionalismos les ha llegado demasiado tarde. ¿Cómo responder entonces a la gran cuestión retrospectiva sobre la oportunidad de la colaboración? ¿Habrían hecho mejor los escoceses resistiendo como los irlandeses, defendiendo sus costumbres, su folklore, su lengua y la

constitución de su pequeña nación? No deben pensar así ahora que han sido integrados en la gran comunidad británica, de la cual ellos mismos forman parte, pero en este caso ¿no se han equivocado los irlandeses con su terquedad y no hubiera sido mejor que también se hubieran integrado en la Nación británica? Estas cuestiones no tienen mucho sentido *puesto que nuestro juicio pende siempre de nuestro conocimiento del resultado final, resultado que se considera bueno en sí*, ya por los irlandeses, ya por los escoceses. Conscientes de su nacionalidad, los irlandeses ahora estiman que han hecho bien en resistir. Teniendo espíritu y nacionalidad británica, hallan los escoceses que han obrado bien cediendo a los hechos y dejándose penetrar de la cultura inglesa.

Sigamos adelante, aun a trueque de chocar con ideas comúnmente recibidas. Veamos la historia de Juana de Arco, figura que es el símbolo puro de la resistencia patriótica, figura honrada, santificada por todos los partidos, incluso el comunista. Se nos dice que es una heroína, pues hizo la unidad del país y la independencia de la nación francesa, pero esta tesis es frágil y nada prueba acerca de la oportunidad de la acción de Juana de Arco. En efecto, admitamos que no hubiera existido. Supongamos incluso que, sin ella, los ingleses no hubieran sido arrojados de Francia, que Carlos VII hubiera tenido que ceder y que Enrique VI de Inglaterra hubiera reinado en Francia. Es poco probable que estos sucesos hubieran llevado consigo un cambio importante. Enrique VI era hijo de Enrique V de Inglaterra y de una princesa francesa, hija de de Carlos VI. ¿Tenía esta cuestión dinástica una influencia decisiva? Ambos países, reunidos bajo la misma Corona ¿no se hubieran separado, tarde o temprano como lo hicieron Normandía e Inglaterra? ¿Cuál hubiera sido el mal en este caso?

Pongámonos incluso en la peor hipótesis. En la del dominio duradero de los ingleses. Se hubiera seguido la formación de una sola nación anglofrancesa. ¿Juzgarían hoy los franceses esta eventualidad como una catástrofe? Evidentemente, no, como en el caso de los escoceses, puesto que los franceses de hoy, repetimos, se encontrarían nacidos dentro de tal situación y educados en consecuencia. Su lengua no sería, sin duda, ni el francés actual, ni tampoco el inglés, sino una lengua mixta, de la que se sentirían orgullosos, ya que la literatura en que habrían sido educados estaría precisamente escrita en esta lengua.

Finalmente, *los acontecimientos tienen siempre razón*, ya que

partimos del resultado final, considerado como normal y nos encontramos felices dentro del desarrollo que ha llevado a esta situación.

En ciertos casos, la cuestión del lente con que se mira juega también su papel: consideremos la actitud de Ad-El-Kader o la de Bao Dai. Los franceses encuentran que estos hombres han tenido la prudencia de aceptar la superioridad y la protección de los franceses, pero esta palabra «prudencia» no es la que emplea el protegido. De la otra parte, se encuentran expresiones menos laudatorias para juzgar estos compromisos, en que se habla de una verdadera colaboración con el enemigo, y se la califica de traición.

EL DERROTISMO

Digamos algunas palabras sobre el estado de espíritu, que aún no es colaboracionismo, pero que puede llegar a serlo: del *derrotismo*. Este término parece haber sido empleado por primera vez en Francia durante la guerra de 1914-18. Cada época encuentra las palabras que convienen a su situación. Durante la segunda gran guerra fué inventado, o más bien consagrado, el término «colaboracionismo». La guerra de 1914, que no tuvo estos problemas, sino los suyos, inventó la palabra «derrotismo».

El derrotismo es un sentimiento que puede tener varios matices y de los que vamos a indicar los más notables:

a) *Miedo*. El derrotista puede simplemente temer la derrota. Confía poco, es pesimista: «Temo mucho que seamos derrotados». Le aflige esta perspectiva, sin dejar de ser patriota.

b) *Creencia*. En un punto más avanzado el derrotista cree en la derrota. No la desea, mas, no obstante, experimenta una cierta satisfacción de amor propio anunciando derrotas («ya lo había dicho yo») y un ligero despecho cuando se anuncian éxitos.

c) *Esperanza*. La esperanza en la derrota es un estado aún más avanzado. El espíritu se ha jugado finalmente esta carta. Este estado del ánimo traduce ya una verdadera colaboración con el enemigo. Así pudo decir Laval en un discurso famoso por radio: «Deseo la victoria de Alemania».

d) *Acción*. El individuo trabaja en la derrota de su país, de su partido, y entonces se encuentra en plena situación de traición.

El sentimiento de derrotismo no se encuentra solamente en la política, sino que puede afectar diversas formas de la vida social y hasta de la vida privada. *Colaborar puede entenderse en el sentido de hacer componendas, de ceder a toda fuerza adversa, temida a priori como mala en sí, pero contra la cual se estima que no se tiene en última instancia poder bastante.*

UN EJEMPLO: EL DERROTISMO MONETARIO

Se puede hablar, por ejemplo, de derrotismo económico (Monetario), cuando un país se encuentra en una situación dineraria difícil y cuando ciertos nacionales preconizan una devaluación. Los que quieren a toda costa mantener la paridad monetaria pueden ser comparados *mutatis mutandibus* a los «resistentes», a los «intransigentes» o a los «a todo trance», que no admiten ningún compromiso, ninguna vacilación y estiman que ellos son los puros y sin tacha, mientras que los otros son «derrotistas» y, por tanto, están más o menos comprometidos. En tales circunstancias, el mero hecho de preconizar una devaluación o incluso simplemente temer que la moneda pueda depreciarse, el solo hecho de hablar de ello, de citar la palabra, favorece una cierta especulación a la baja que puede acelerar su caída, sobre todo si esta actitud está tomada por un personaje importante. Aún más, el Ministro de Economía, en tales circunstancias, no puede ni aun poner la cuestión, sin provocar una presión especulativa, casi casi irresistible. Tendrá, pues, que ser «duro» y tendrá que negarse hasta el último instante, como la mujer virtuosa.

He aquí un precedente famoso: En 1935 formaba Bélgica parte de un bloque, con Francia, Holanda y Suiza, hostil a toda devaluación. Quien en Francia o en Bélgica hablaba de tal operación era tachado de derrotismo. Ahora bien, en el plan técnico, la cuestión era discutible. Las investigaciones del Instituto de Coyuntura de Lovaina habían llevado a este Instituto, y particularmente al Prof. F. Baudhuin, a tomar partido en favor de una devaluación del franco belga. En un discurso que tuvo gran resonancia F. Boudhuin declaró que el franco belga no podía sostenerse más y expuso las razones de su parecer. Al venir esta opinión de un personaje de peso, su discurso provocó a la vez un pánico monetario y agitaciones políticas, de modo que el Gobierno

tuvo que dimisionar y ser reemplazado por el Gabinete de van Zeeland, quien, efectivamente, devaluó el franco belga.

Así, pues, en tales casos quien vacila se expone a caer y a arrastrar en su caída a quienes no quieren. ¿Sería, pues, preciso quitar sistemáticamente la razón a los derrotistas? En manera alguna, pues todo depende, evidentemente, de las circunstancias. La actitud de quienes no quieren ningún compromiso, de quienes no aceptan ninguna debilidad da ocasión a grandes catástrofes, pues resistir contra lo imposible puede acarrear desastres mucho más dañosos que aquellos que se quieren evitar. Caemos en la fábula de la encina y la caña. Tras la primera guerra, la victoria de la City sobre la industria en Inglaterra vino a traducirse en una libra esterlina demasiado orgullosa que produjo una huelga general, un gran paro y, finalmente, una devaluación importante.

EL EJÉRCITO SITIADO

Hallamos una circunstancia análoga cuando un ejército está sitiado en una plaza, en un reducto, en un fortín o se halla, finalmente, en mala situación. La lucha es terrible, pero hay que resistir. Aquel que comienza a hablar tan sólo de capitulación o de armisticio acaba con la moral de las tropas, que corren el peligro de perder su valor combativo, lo que vendría entonces a hacer inevitable la rendición. Muy a menudo, el solo hecho de haber pronunciado la palabra «armisticio» (y es el caso conocido de 1940) ha hecho que el armisticio fuera fatal. Se considera a Camilo Chauvemps como el principal responsable del armisticio de 1940, porque ante el Consejo de Ministros, cuya opinión estaba dividida, emitió la «diabólica» proposición siguiente: «Para conciliar ambos puntos de vista nada podemos decidir de un modo inmediato, sólo podemos preguntar a Alemania cuáles serían las condiciones del armisticio y, si fueran demasiado duras, siempre nos encontraríamos a tiempo de rechazarlas». Esta proposición ablandaba los corazones y facilitaba el medio de llegar a un resultado, sin turbar demasiado las conciencias. Naturalmente, que una vez pedidas las condiciones, era moralmente imposible remontar la corriente pacifista.

LOS HECHOS Y LAS INTENCIONES

Por otra parte, si se quiere juzgar, para bien o para mal la actitud de un individuo sobre la cuestión de resistir a ultranza o de aceptar un compromiso, no basta juzgar por los hechos y los resultados ulteriores, *sino que hay que juzgar también de las intenciones y de los móviles*, lo que es más difícil. Ya hemos visto que móviles no confesados y tal vez poco confesables pueden empujar a una persona a una tal actitud de colaboracionismo o de resistencia. Dos personas que hayan obrado de la misma manera pueden, pues, ser condenada una y excusada, si no aprobada, la otra. Las tragedias clásicas están hechas de estos conflictos, aunque en ciertos casos no se sabe bien de qué parte está el valor y de qué parte la cobardía. Unos aprueban a Camilo enamorado y otros al viejo Horacio patriota, y en uno y otro caso con los mismos argumentos. Sabina tiene el *coraje* de resistir a la pasión patriótica y Horacio el de resistir al afecto de Sabina.

Consideremos ahora una guerra desgraciada, como la reciente de Indochina: Fuera de los propios combatientes ¿dónde está el valor, el coraje? Unos estiman que está del lado de aquellos que proponen luchar hasta el fin y aguantar hasta «el último cuarto de hora». Pero prescindir de un pasado, de un conjunto de amistades y obras comenzadas exige también una gran dosis de coraje. E, inversamente, los unos o los otros pueden ser tachados de cobardía, y es el caso que, individualmente, por lo que se refiere a los sentimientos, la cosa puede ser así.

Consideremos el drama de Ifigenia: Clitemnestra no admite ningún compromiso cuando Agamenón acepta el sacrificio de su hija. Pero las intenciones y los sentimientos de Agamenón cuentan en el juicio que sobre él formulamos, tanto como sus actos:

¡Ay! al imponerme ley tan severa
¡oh, Dioses! ¿por qué me habéis conservado el corazón de padre?

Nos damos cuenta que sufre y experimentamos por él más indulgencia e incluso le excusamos un poco de haber puesto la razón de Estado antes del sentimiento paternal, que aún le tortura notablemente.

LA COLABORACIÓN TIENE SUS GRADOS

En realidad es muy raro que se contrapongan de modo absoluto resistencia y colaboracionismo. Tal antítesis apenas se encuentra en la guerra propiamente dicha. Ya la guerra misma ocasiona acomodamientos o convenciones: no matar a los prisioneros, cuidar de los heridos, dejar actuar a la Cruz Roja, no dañar a los civiles, etc., etc. Estas convenciones nunca son totalmente respetadas, pero bastan para mostrar que existe una cierta forma de colaboración.

En política interior, todavía encontramos matices más finos. La cuestión de saber si un político debe participar en un Gobierno que no es exactamente «de su línea», ha sido siempre controvertida. Aquel que acepta puede estar inspirado por el bien público, pero también puede ser llevado por un gusto personal del poder. Es muy difícil juzgar de este tipo de decisiones y averiguar cuál es su fondo, su motivo. El propio individuo no conoce bien cuáles son todos los móviles de su intención. En todos los casos, exteriormente, el político colocado en tal situación, toma siempre la misma actitud y afirma que no le inspira ninguna consideración de ventajas personales. El conservador que entra en un Gabinete socialista anuncia a sus colegas que lo hace «para frenar el movimiento, para impedir que se tomen medidas demasiado desfavorables». El socialista que participa en un Gabinete conservador emplea argumentos casi idénticos. Va «para evitar lo peor, para salvaguardar los intereses de los trabajadores». Estos argumentos son clásicos y se refiere a lo que se llama «política de presencia».

FRANCIA Y ALEMANIA

Volvamos a los sucesos políticos de los años 1938-1945. Para abordarlos con mayor seguridad recordemos la actitud de Alemania en análogas circunstancias. En 1806 Prusia fué aplastada y en su malandanza adoptó la tesis colaboracionista. Si los alemanes de hoy juzgan a sus antepasados con menos severidad que los franceses juzgan el Gobierno de Vichy, la razón está en *los acontecimientos posteriores y en las intenciones que se suponen*. En 1806 eran numerosos los prusianos que abandonaban provisionalmente

la lucha, conservando su voluntad de resistencia y de desquite para el día en que un cambio fuera posible. La nación prusiana, o lo que entonces era tenido por tal, jugó, pues, un *juego doble*. Durante el período de malandanza puso por delante los colaboracionistas, como guiñol de marionetas, mas cuando Napoleón se hizo más débil los retiró para poner en su lugar a los resistentes, quienes también *representaban* al país. *Todo pasó como si de antemano se tratara de un plan convenido*. Ahora bien, el caso no era ése. Los hombres no son ni tan fuertes ni tan dueños de los acontecimientos, ni tienen ese dominio cínico de sí mismos.

Desde 1918 a 1933 se reprodujo la misma escena. Primero fué la *entente* con los franceses, a base del Tratado de Versalles. Mediante la política de Locarno, obtuvo Alemania inmediatamente que las tropas francesas evacuaran la orilla izquierda del Rhin. En efecto, no puede uno ocupar por la fuerza el territorio de un amigo. Desde el momento que éste ha aceptado voluntariamente las condiciones de paz, la presencia de tropas se convierte en un acto de inadmisibile desconfianza.

Pero en 1930, seis meses después de la evacuación de la orilla izquierda del Rhin por el ejército francés, las elecciones llevaban ciento quince diputados nazis al Reichstag. En este caso también, con el paso del tiempo, todo parece haber ocurrido como si los papeles de la comedia hubieran sido distribuidos de antemano, como si un gran Consejo germánico hubiera designado a Stressemann el papel de conciliador, de colaborador, durante el período de debilidad, y a otros, particularmente a Hitler, el papel del nacionalista del desquite, papel que habría que jugar inmediatamente que se hubieran logrado los frutos de la colaboración. Desde este punto de vista, una nación aparece como un camaleón que toma un color u otro, según los sucesos. Para este avatar no experimenta necesidad de *cambiar ella misma*. Le basta poner en evidencia, según las circunstancias, el color colaboracionista o el color resistente que siempre coexisten en una nación.

MUNICH

Los acuerdos de Munich se firmaron en octubre de 1938. Nadie discute hoy las consecuencias. Para quienes tenían alguna duda en aquel momento, la invasión de Checoslovaquia seis meses más

tarde les habrá abierto los ojos, pero en octubre de 1938 nadie podía pensar que los francoingleses hubieran cedido a la fuerza o a la astucia alemana, sacrificando cobardemente su mejor aliado del Continente.

Ahora bien, aquí no es donde está el conflicto: *Está en las intenciones de los signatarios y de quienes aprobaban positivamente estos acuerdos.* Lo que se ha criticado ha sido menos Munich que el «espíritu muniqués». Lo que ha sido criticado por muchos franceses, que habían aprobado o se habían resignado a lo firmado en Munich y que hace que hoy lo condenen desde la resistencia, es el haber sido «traicionados» por algunos políticos que han vendido Checoslovaquia a Alemania, y esto siempre lo hubieran condenado. De hecho, entre quienes han firmado o aprobado lo tratado en Munich, hay que notar *diferencias de intención* muy profundas. Unos han firmado o aprobado con la muerte en el alma, sufriendo, por tener que sacrificar a Checoslovaquia, pero afirmando que su suerte estaba ya decidida y que nada había que hacer y que su propósito era sacar el mayor provecho resultante de este sacrificio, para poder armarse a fondo contra Hitler física y moralmente, con la intención de restablecer a Checoslovaquia en sus derechos. Del lado opuesto, otros han firmado o aprobado diciendo que Hitler, lanzándose sobre el Este, aplastaría a la Unión Soviética y con ella al comunismo, lo que permitiría arreglar «por la fuerza» la cuestión social. Así, he aquí sobre el mismo hecho dos actitudes morales muy diferentes. Se puede aprobar, a lo menos comprender, la primera actitud, reprobando la segunda, aunque ambas hayan conducido a la misma decisión.

En tales casos, el verdadero «puro», el más meritorio, es aquel que, por su posición social o por otra causa se inclinara hacia una cierta actitud, aunque la rechazara para defender mejor el bien general. Por esta razón, entre los antimuniqueses, han sido más meritorios aquellos que ni eran comunistas ni israelistas y que, siendo conservadores, hubieran podido ser peligrosamente tentados por la idea de aplastar al comunismo.

Por el contrario, en 1914-1918, los que han tenido más mérito, batiéndose heroicamente por su país, son los socialistas, los internacionalistas, los obreros cuyas ideologías abogaban por lo contrario y que pensaban que nada les importaba lo que se jugaba en una guerra imperialista. Su mérito es mayor que el de los patriotas de siempre, que habían hecho votos, sino preconizado, por

lo menos la apelación a la guerra. Una última palabra sobre Munich. Parece como si nadie hubiera notado hasta dónde los acuerdos de Munich se asemejan a los de Locarno. En ambos casos Inglaterra garantizaba al Occidente, dejando a Alemania las manos libres en el Este y, sin embargo, Locarno es una fecha gloriosa, mientras que Munich es una fecha oprobiosa. «El espíritu de Locarno» es el de pacificación, mientras que el espíritu de Munich es el de apaciguamiento. En uno y otro caso las intenciones pesan más que los actos.

EL ARMISTICIO DE JUNIO DE 1940

Aquí también hay que distinguir entre hechos e intenciones. Los resultados del armisticio pueden juzgarse de una u otra manera. Unos estiman que sin armisticio los alemanes habrían entrado en el Norte de Africa y que la guerra les hubiera sido favorable. Otros piensan que los alemanes habrían dado muestras de más rigor aún y que las deportaciones y matanzas hubieran comenzado ya en 1940 y habrían dejado al país mortalmente herido.

Nada sabemos. Cada cual puede reconstruir la historia a su manera, con documentos o argumentos más o menos plausibles. En todo caso los historiadores podrán discutir largamente. Pero sea cual sea la opinión que se tenga sobre los hechos, sobre la oportunidad política del armisticio de 1940, *es necesario distinguir las actitudes y los móviles de quienes han firmado el armisticio o lo han aprobado*. He aquí las dos posiciones extremas:

«Desgraciadamente no podemos hacer otra cosa. Por el momento es la menos mala de las soluciones. Nos va a permitir recogerlos sobre nosotros mismos y ahorrarnos pruebas demasiado duras. Algún día estaremos en posición de luchar con los alemanes, cuando las circunstancias sean más favorables.»

La otra posición: «Gracias a este armisticio se abre el camino a una verdadera renovación, bajo la protección de los alemanes. Cierto que van a hacer de nosotros provincias y que sufriremos de varia manera, pero la culpa es de los belicistas. Por otra parte, nosotros nos esforzaremos en amansar a los nazis, haciéndoles servicios y, de todas maneras, nos vamos a ver libres de elecciones.

de repúblicas, de huelgas, de judíos, de masones, etc., y tendremos. gracias a Hitler, una vida sana y orden entre nosotros.»

Entre estas dos actitudes opuestas pueden existir, naturalmente, todas las situaciones intermedias imaginables.

EL OCUPANTE Y EL OCUPADO

Cada vez que el enemigo ocupa un territorio, se crea una nueva situación *de hecho*. Vencedor y vencido se encuentran con que tienen enemigos comunes, aunque no sea, por ejemplo, sino el miedo a no tener cosechas o el peligro de epidemias. *Formando parte de una cierta unidad geográfica, ambos se encuentran con intereses comunes*, intereses que impelen a una cierta colaboración material, que no parece ser reprehensible en materias como cuidarse de la agricultura, luchar contra las enfermedades contagiosas, etc.

No obstante, las opiniones divergen. Si la cuestión de la salud pública no ha sido discutida por nadie (nadie, en efecto, ha propuesto, por ejemplo, en nombre de la resistencia favorecer las epidemias para que las tropas alemanas enfermaran), por el contrario, en nuestro mundo occidental la cuestión de las cosechas ha dado lugar a discusiones. Ciertos grupos de resistentes han quemado los haces de trigo, estimando que al acentuarse las dificultades alimenticias obligarían a que los alemanes capitularan antes y, de hecho, pensar de otro modo se tenía un poco por «colaborar».

¿Qué pensar de cuestiones tan delicadas y subjetivas? Ponen de manifiesto que el *grado de resistencia deseable es una cuestión de medio ambiente y de costumbres*. Por ejemplo, los franceses y los occidentales en general (y mucho más los escandinavos) no tienen la misma idea de la resistencia que los soviéticos. En Francia, en Bélgica, etc., se podía trabajar sin tener remordimientos en una fábrica de guerra. Esta forma de colaboración no era tenida como reprehensible, de tal modo que jamás la resistencia se ha atrevido a forzar a los obreros a abandonar las fábricas de armas. Por el contrario, entre los soviéticos el trabajo en una fábrica de guerra fué considerado como una traición, merecedora de la pena de muerte. Aun más. A comienzos de la guerra de 1941 el solo hecho de caer prisionero era considerado por los soviéticos como una desertión ante el enemigo.

Los franceses, sin dejar de aprobar o tolerar el trabajo en las fábricas francesas que trabajaban para Alemania, han reprobado a quien aceptó, y sobre todo solicitó un trabajo del mismo tipo en las fábricas de Alemania. Es claro que en sí mismo el resultado era idéntico: fabricar obuses, carros o aviones en la región parisiense o en Berlín producía el mismo resultado, pero en el segundo caso resultaba desagradable. El paso de un trabajo a otro se hacía desagradable. Si se reflexionaba más sobre el asunto, la colaboración adquiriría un aspecto más espectacular: se iba a trabajar en la propia casa del enemigo, ya no se podía alegar que uno se limitaba a vivir como antes, del mismo trabajo, y los obreros se encontraban de pronto en un estado de colaboración moral más íntima con el enemigo. Pero estos matices, afectados en Francia o en Bélgica de 1940 a 1944, no hubieran encontrado comprensión alguna en otras épocas y en otros lugares.

¿HA HECHO FRANCIA DOBLE JUEGO?

Juzgando desde la perspectiva que da el tiempo pasado, cuando ya se hace sensible y forzándose por juzgar desapasionadamente, un extranjero puede decir que la nación francesa ha jugado un doble juego, como la Prusia de Stein o a la Alemania de Hindenburg, jugando primeramente la «carta Pétain», después la «carta De Gaulle», cuando la primera parecía perdida.

Tal actitud, tal cálculo, evidentemente son desagradables, y los franceses, sobre todo los resistentes, no aceptarían esta explicación, ni tampoco la aceptarían con el tiempo. Por otra parte, en nada modifican las terribles responsabilidades sufridas por los individuos y en absoluto pueden servir de excusa. Esta explicación histórica no es otra cosa que una simple comodidad, y como si las cosas se vieran desde fuera. Se trataría, por el contrario, de una especie de *voluntad nacional, trascendente a los individuos*. Al estar colocada la nación en circunstancias difíciles y cambiantes, ha tenido que revestirse sucesivamente de formas diferentes, como Alemania se puso la careta de Stresemann antes de ponerse la de Hitler. En su mayoría la nación francesa siguió el principio al Gobierno de Vichy, resignándose al armisticio y no adoptó la actitud de re-

sistente sino poco a poco, cuando los alemanes empezaron a fracasar (1).

En la perspectiva del tiempo cada francés se ha considerado como un resistente, y más de uno cree hoy día que ha resistido durante toda la guerra. De hecho, la preocupación principal de muchos franceses durante la ocupación fué sólo sostener a su familia.

Por otra parte, cada uno tenía su idea de la resistencia, pero en esa selección de las imágenes que hace la memoria, el conjunto de los recuerdos se transforma. *Durand* se acuerda más fácilmente del día en que pintó una cruz de Lorena en el metro y ha olvidado los pasos que dió acerca de un oficial alemán para conseguir la vuelta de un pariente prisionero. Por otra parte, la actitud de los hombres ha dependido más o menos de su situación propia, del medio en que vivían y de su carácter (de un modo general, los «resistentes» eran hombres enteros, mientras que los «colaboracionistas» eran más realistas y más dispuestos en la vida diaria a comprender las necesidades de lo razonable). Por lo tanto es muy difícil formular un juicio moral sobre una persona. Es difícil profundizar en lo que realmente ha pasado en su fuero interno.

Volvamos a la tesis del doble juego nacional, que aparece como un cierto reparto de papeles, como en el caso de Stresemann y de Hitler. En principio no es inconcebible un tal reparto de papeles.

Podría uno imaginarse en junio de 1940 a dos hombres de Estado franceses, verdaderamente realistas, que se hubieran encontrado en la habitación de un hotel en Burdeos y que hubieran llegado a esta conclusión: «Yo, por mi parte, voy a Inglaterra para continuar la guerra contra el enemigo, mientras que usted se va a quedar en Francia para impedir que ocurra lo peor». Tal escena era concebible, aunque fuera improbable en aquella situación dramática. En todo caso no fué realmente lo que ocurrió entre Pétain y De Gaulle, quienes no tenían, ni uno ni otro, un

(1) En una película de Noël-Noël, proyectada después de la liberación, se ve a un hombre afirmar que la aldea de X tenía seiscientos habitantes:

—Usted querrá decir trescientos —responde su interlocutor—. Es el dato del último censo.

—No. Digo bien seiscientos. ¿No hubo trescientas personas aclamando a Pétain en 1940?

—En efecto, las hubo.

—Si ahora hay trescientas para aclamar a De Gaulle en 1944, sumándolas encontrará usted que son seiscientas.

carácter propio para imaginar, y mucho menos para realizar escena semejante y que, como es sabido, se han condenado a muerte uno a otro, sinceramente. Y, sin embargo, entre dos hombres tan alejados el uno del otro y tan enemigos, fatalmente existía un enlace, de hecho inconsciente y en sus actitudes había una cierta solidaridad. Como hoy el Capitalismo y el Comunismo, aquellos dos partidos adversos se apoyaban el uno en el otro. Encontramos, por ejemplo, en las Memorias de De Gaulle el siguiente episodio: Queriendo obtener una cierta concesión de los ingleses, les dijo De Gaulle: «Vichy no se equivoca. Realmente *debía yo aprovecharme de todo*, a fin de que las democracias respetaran los derechos de Francia (2)». Lo que quiere decir: Si ustedes no me satisfacen, la tesis de Pétain va a resultar cierta. Este argumento clásico es el empleado en todos los tiempos por quien se halla cogido entre los dos campos.

El argumento correspondiente por parte de los «colaboracionistas», era «el ejército Saukel», frase de Laval, con la que designaba al «maquis» resistente. El argumento era, en suma, el siguiente: «Habéis querido ir demasiado lejos, vosotros, los alemanes, llevando los franceses a Alemania. Para evitar esta deportación se han hechado al campo (maquis)». Este argumento, clásico también, se encuentra en todas partes, en todas las luchas sindicales, políticas, etc.

Todo esto no puede excusar el colaboracionismo que fué practicado. Un acuerdo que dura y perdura en tales condiciones, fatalmente conduce a la ignominia. Al principio puede detener al enemigo, que tiene su espada suspendida sobre las cabezas, pero, poco a poco, las cabezas están a su merced. Un ejemplo repugnante fué citado durante el proceso Overg por el acusado: «Cada vez pedíamos más hombres a Vichy de los que necesitábamos, porque sabíamos que tendríamos que hacer una concesión graciosa sobre el número de los solicitados». De este modo, cuando Vichy justificaba su acción, afirmando que había obtenido la gracia del 20 por 100 de los hombres, no se trataba sino de un espantoso y miserable chalaneo de las vidas humanas. ¿Qué se diría de una madre que transigiera con sus verdugos sobre el número de los hijos que se le iban a matar?

(2) El subrayado es mío.

CONSECUENCIAS DEL DOBLE JUEGO

Veamos ahora otra cuestión. Admitamos incluso la tesis de la conciencia nacional, que, sin deliberación previa, ha jugado, ora una carta, ora otra. Este doble juego nacional puede siempre, dentro de la óptica global y retrospectiva, aparentar una cierta grandeza, si una vez terminada la representación positiva *los colaboradores desaparecen*, como las termitas-soldados que se sacrifican por su hormiguero. En 1944 era preciso que desaparecieran los colaboracionistas de un modo u otro. Podían incluso creer, con cierta indulgencia retrospectiva, haber representado *personalmente* uno de los papeles del doble juego. Quienes no hubieran aprobado sino provisionalmente la colaboración, conservando un espíritu de futura resistencia, habían, desde hacía tiempo, cesado en el doble juego, exponiéndose a las consecuencias de él. Los dirigentes que han creído hasta noviembre de 1942 que podrían fácilmente cambiar de campo y gobernar de nuevo Francia, no tenían ningún conocimiento psicológico ni histórico. La lógica de la historia quiere que desaparezcan los hombres que han jugado ya su papel. Fué el caso de Darlan. El actor que en una tragedia representa el papel de traidor, no debe reaparecer más en escena en el momento de la gran reconciliación de los «buenos», pero tal desaparición se torna desagradable y hasta criticable cuando tiene lugar por la acción de un tribunal, con todo el aparato de la justicia. La justicia no puede enjuiciar sino los casos verdaderamente flagrantes, como Gestapo, tráficos ilícitos, etc. Todo lo demás tiene que ser obra de la policía.

He aquí por qué la ejecución de los colaboracionistas en 1944 y, sobre todo, la de los resistentes en fecha anterior, tras un juicio sumario e incluso sin juicio, no ha chocado a nadie, mientras que las condenas de los Tribunales después de 1945 no han dado satisfacción a la opinión. Cada uno apreciaba la culpabilidad según sus propias convicciones o actitudes y el cuerpo electoral, último juez inapelable en política, muchas veces ha descalificado las decisiones judiciales. En última instancia, en toda nación que ha terminado felizmente su lucha, los colaboracionistas que han sobrevivido son molestos, *la Nación no sabe qué hacer de ellos*.

REPARTO DE LOS PAPELES EN INDONESIA

Hemos visto que entre De Gaulle y Pétain no existió un reparto de papeles, ni explícito ni tácito. Por el contrario, en Indonesia parece que ha sido real un tal reparto de los papeles. Soekarno y Halle, al jugar la carta japonesa (para intentar que su pueblo sufriera lo menos posible) y Sjahrir, al jugar la carta de la resistencia. Pero también Soekarno, que de este modo colaboró con el ocupante japonés, cometió un error de apreciación, creyendo que tendría tiempo de rehacerse. Le ha costado trabajo volver a ponerse en pie, porque cierto espacio de tiempo era evidentemente necesario para ello, pero, no obstante, no ha salido mal del juego, puesto que hoy está gobernando la república indonésica. Es preciso añadir que el colaboracionismo con los japoneses, quienes se presentaban al pueblo como «libertadores frente a los blancos», no tenía la misma forma que el colaboracionismo francés con los nazis.

¿HAY QUE CEDER AL DESTINO, A LA FUERZA O A LA RAZÓN?

Ya hemos observado que «la colaboración con el enemigo» puede entenderse en un sentido mucho más amplio que aquel que habitualmente le damos. La cuestión de saber si hay que ceder o no, se presenta en todos los actos de la vida corriente: en la vida familiar, en la vida profesional, que no están hechas sino de conflictos semejantes. ¿Qué hay que hacer? ¿Pactar con los compromisos o ser intransigente? En principio no hay respuesta absoluta. Entre Don Quijote y el más adúlador de los cortesanos, se extiende la rica gama de las posibles actitudes.

LA CONCIENCIA CAMBIA

Dando un paso más vemos que lo que ante nosotros se presenta es simplemente el problema del devenir, del cambio de la conciencia en un individuo o en un grupo social.

La moral y la ciencia política se constituyen en torno a este problema central que, a la hora presente, nos pone de manifiesto

el conflicto entre el pasado y el porvenir (o ante muchos posibles porvenires) y que se estudia retrospectivamente bajo el ángulo de la utilidad o bajo el de la idea del bien que cada uno pueda tener.

¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

La cuestión se pone de una manera muy nítida en materia económica o social, por aquellos partidos o grupos que se encuentran no solamente en oposición política, sino en estado de oposición al régimen. Los partidos revolucionarios, en general, y el partido comunista en particular, estiman que el régimen capitalista es radicalmente malo y, por tanto, incorregible. En consecuencia, creen que no hay que colaborar con él y mantenerse en oposición total. Por esta razón la palabra *reformismo* es malsonante en los medios revolucionarios e incluso tiene un cierto sabor de traición. He ahí cómo se presenta, más o menos, el diálogo entre el reformista y el revolucionario:

EL REFORMISTA: Sé muy bien que el régimen es malo y, personalmente, deseo ardientemente la instauración de otro más justo y más eficaz, pero, *entre tanto*, quiero sacar partido del régimen actual, tan desfavorable a las clases trabajadoras, y pongo mi esfuerzo en mejorarlo.

EL REVOLUCIONARIO: Si usted intenta sacar partido del régimen, fatalmente colabora con él. Obtendrá usted algunas compensaciones, algunos empleos y, desde este momento, se encontrará usted atado a él, como el perro de la fábula. En una palabra, usted se mete en el engranaje y, en su consecuencia, se aburguesa.

EL REFORMISTA: Ya me cuido de no solicitar nada para mí mismo, sino tan sólo para la clase entera, y he obtenido ya concesiones que han mejorado la suerte de mis camaradas.

EL REVOLUCIONARIO: Obrando así tal vez consiga usted atenuar los abusos más irritantes y hacer soportable el régimen. De esta manera usted sirve al capitalismo, impidiendo su ruina, hija de sus propias contradicciones.

EL REFORMISTA: Entonces ¿hay que hacer la política que conduzca a lo peor y desear la desgracia de nuestros camaradas? Comprendería esta actitud si viera próximo el fin, pero ¿cuándo llegará ese gran cambio que usted y yo deseamos?

EL REVOLUCIONARIO: No lo sé. Pero abstenerse de colaborar no es resignarse. La reivindicación obrera debe ser apremiante, de cada momento. Debe hacer la vida del capitalismo difícil, cuando no imposible.

EL REFORMISTA: Estoy con usted de acuerdo en todo lo que atañe a las reivindicaciones, pero creo que hay que añadir los medios para llevarlas a cabo.

EL REVOLUCIONARIO: Lo que usted propone son medios reaccionarios.

EL REFORMISTA: Es posible, pero lo que me importa es el resultado. Si usted tiene un viejo burro, con el que saca agua del pozo, usted puede desear reemplazarlo por un motor, pero, mientras el burro esté en la noria es preciso darle avena y no esencias, como usted propone.

EL REVOLUCIONARIO: Si usted lo alimenta con avena, el asno continuará dando vueltas a la noria y no habrá conseguido sino prolongar nuestras desgracias.

El diálogo puede continuar indefinidamente en este tono. No es posible en principio resolver la cuestión, pues todo depende de las circunstancias y, especialmente, de las posibilidades revolucionarias.

Una oposición revolucionaria que dura largo tiempo se hace cada vez menos practicable, porque no se puede prolongar indefinidamente una tensión extrema. A la larga, el partido revolucionario se encuentra él mismo obligado a pactar. Supongamos, por ejemplo, que la C. G. T. o el partido comunista diga a los obreros: «No pedimos aumento de salario para vosotros porque no serviría de nada. El régimen capitalista es tan malo que los patronos dicen siempre la última palabra y, teniendo siempre el poder en sus manos, acaban por arrebatar a los obreros lo que les es debido, de suerte que no queda posibilidad alguna de mejora.» Esta tesis, que en suma es la de la ideología marxista o a lo menos se desprende lógicamente de tal ideología, no se sostiene ni un instante. Los obreros no pueden ser tan revolucionarios como

sus jefes, de modo que los partidos, incluso los revolucionarios, que duran y no están sumergidos en la pura clandestinidad como en otro tiempo el partido anarquista, entran fácilmente en colaboración de hecho, más o menos estrecha, con el régimen. Así como durante la ocupación no hubo resistencia total de toda la población (lo que hubiera supuesto una matanza general), igualmente no se puede concebir una actitud de oposición totalmente negativa. Los partidos y también los revolucionarios, no solamente buscan mejorar, sino sugieren remedios y modos de aplicación de éstos. Lo que puede admitirse es la utilidad de la función revolucionaria y de la función reformista. Cuando los efectivos se reparten entre estas dos tendencias, sin escisión brutal y, sobre todo, sin hostilidad de uno frente a otro, el cuerpo sindical está en mejor disposición para hacer progresar al conjunto, pero un observador exterior hablará en este momento de doble juego. *La política no es, en el fondo, sino el arte del doble juego.*

LA ENFERMEDAD ÚTIL

Vivir dentro de un ambiente es, en suma, colaborar con él. Aún podría ampliarse la cuestión diciendo que hay males a los que uno se acomoda y males que son insoportables. El Dr. Knock ha distinguido entre la enfermedad de la que se muere y la enfermedad con la que se vive. Constituye ésta una especie de oposición política en el organismo, que tal vez le incita a reaccionar. Dando un paso más, se podía estimar que ciertas enfermedades permiten al individuo vivir más tiempo y mejor. Si Roosevelt ha sido lo que fué lo debió sin duda a que tuvo que luchar contra su enfermedad. Este esfuerzo incesante le hizo dar de sí lo mejor.

La democracia occidental es, en último término, un acomodamiento parcial con el microbio. Cuando para alabar su régimen la democracia hace valer que se critica a sí misma y confiesa la existencia de suburbios, de parados (democracia americana), se le puede responder: esa actitud es ciertamente una actitud franca, pero, en último término, consolida el régimen. Cuando se dice «desde luego, tenemos parados», se dice con cierta satisfacción, porque se piensa que se es leal. Y esto es precisamente lo que los revolucionarios echan en cara a los reformistas. En los soviets el sistema es diferente. No existe concierto ni acomodo con el adversario. De

tiempo en tiempo, se arroja el microbio fuera, por el procedimiento de la purga política.

Toda la vida social está hecha de estos conflictos y no existe en ella modo alguno de evitarlos en principio. Todo lo que puede decirse es que, si el vicio puro a menudo se hace patente, rara vez es la virtud completamente pura. Cada uno tiene que estar en lucha continua con sí mismo, o con los demás, porque donde no hay lucha, no hay vida.

ALFRED SAUVY